

El sentido de la solidaridad

Un grupo de indígenas nasa estaba buscando el once de marzo a tres de sus hermanos desaparecidos, en el resguardo de Corinto, en las montañas de Colombia. Los nasa, cuando encuentran un cuerpo no sólo piden por esa persona, sino también por todos los que han muerto en su comunidad. Esa mañana empezaron a pedir por un líder indígena tras otro asesinado en estos años de su lucha por la defensa del territorio y de su proyecto de vida. De un momento a otro empezaron a pedir por la comunidad de Madrid, y las, para entonces, ciento catorce personas muertas en el atentado, aunque no conocían sus nombres ni sus rostros. Al nuestro otro lado del Atlántico las muertes de los nasa o de tantos otros en Colombia o en Irak no ocupan más que unas líneas en un periódico, o la mayor parte de las veces ni eso. Pero la tradición nasa no distingue entre los muertos por los paramilitares, la guerrilla o el ejército. Tampoco su solidaridad. Aunque sí su análisis de los hechos y sus demandas.

En la ética de la reconciliación de Desmond Tutú en la Comisión de la Verdad y Reconciliación de Sudáfrica, todos los asesinatos era iguales en el dolor y en la injusticia, independientemente de quien fuera el autor. Pero esa igualación moral, que define una ética de resistencia no violenta, no iguala los procesos políticos ni las causas de la violencia. La solidaridad no consiste en la inhibición de la capacidad de analizar, como nos lo han querido hacer creer quienes están más interesados en el manejo de las consecuencias del terror que en la prevención y la solución de los conflictos. La guerra, la que viene de arriba y la de abajo, convierte en ético lo que es instrumental para sus objetivos. Y la ética que necesitamos es la de convertir la solidaridad con las víctimas en una forma de lucha contra las causas.

La movilización social es uno de esos medios. Diferentes organizaciones sociales en el País Vasco se han movilizado en apoyo a las víctimas de la violencia o la situación de sufrimiento añadido de los presos. Las movilizaciones tras un atentado tienen varios sentidos. Ofrecer apoyo a las víctimas. Mostrar y compartir un rechazo social a los hechos. Tomar protagonismo social y no dejarse llevar por la pasividad. Pero también a veces pueden ser funcionales a una estrategia de dejar pudrir los conflictos, de no tomar medidas políticas, de no luchar contra las causas de esa violencia. Por eso la ética de la movilización tiene que encontrar su sentido.

En el caso de las movilizaciones de Gesto por la Paz han estado orientadas a denunciar la violencia de ETA especialmente y mostrar el rechazo social. En el caso de las nuevas formas de terror como los atentados de Al-Qaeda esa combinación de elementos no funciona igual. La ética de la solidaridad con las víctimas es la misma. Pero las demandas y el sentido tendrían que reorientarse hacia la prevención y hacia las consecuencias que estas nuevas formas de terror tengan entre nosotros: hablarle al miedo y luchar contra la xenofobia.

En la manifestación de Barcelona tras el atentado contra Ernest Lluch, la gente dijo: dialoguen. En la movilización contra el atentado del once de marzo dijo: queremos la verdad. Otras veces nos queda el silencio colectivo como una muestra de nuestro rechazo. Pocos días después del once de marzo estaba en un curso en Barcelona sobre el tema de memoria y reconciliación. Tuvimos tiempo para compartir nuestros sentimientos y reflexiones sobre la tragedia. Algunos se sintieron en contradicción por el lema que el gobierno impuso en las manifestaciones del día después queriendo barrer

para su casa. Otros, culpables por sentir alivio al ver que no había sido ETA, y pensar que eso significaba menor solidaridad con las víctimas. No es menor el dolor, son otras las consecuencias y otro el sentido. Pero este es el espejo deformado en el que otros quieren que nos miremos. Cada vez más la manipulación del dolor, cuando se niega, cuando se mira para otro lado, cuando se utiliza, se está convirtiendo en un elemento que aumenta la polarización y disminuye la posibilidad de buscar soluciones. Incluso impide hablar de los conflictos. La movilización no es un totem ni un acto mecánico. Es una muestra de una ética de la solidaridad y de una estrategia para generar mayor conciencia social y presión política.

Tal vez logremos crecer en sensibilidad frente a las guerras y el terror en el mundo, también en el nuestro. En esta globalización de la vulnerabilidad nos toca volver a las raíces y recordar, entre otros tantos desde acá, lo que nos enseñan los nasa.

Carlos Martín Beristain